

281

ANTONIO DE LEIVA,

Drama

EN TRES ACTOS Y UN PROLOGO Y EN VERSO.

POR

Don Juan de Ariza.

ESTRENADO EN EL TEATRO ESPAÑOL.



N.º 37.

MADRID, 1849. — IMPRENTA DE S. OMAÑA.

CALLE DE CERVANTES, N.º 34.

ANTONIO DE LEIVA,

GRAMMA

EN TRES ACTOS Y UN PROLOGO Y EN VERSO

1840

Don Juan de Austria

ESTAMPADO EN EL REINO ESPAÑOL



J. C.

MADRID, 1840. — IMPRINTA DE S. OJAZA

En la calle de San Mateo, N.º 11.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art. 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de 1849.*

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art. 11.*

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art. 12.*

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda.» *Idem art. 13.*

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el miniumum la mitad.» *Art. 59 del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de febrero de 1849.*

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art. 60.*

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art. 78.*

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 81.*

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 82.*

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.^a Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.^a Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legitimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlás.» *Ley sobre la propiedad literaria de 10 de junio de 1847, art. 17.*

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art. 23.*

AÑOS. PERSONAJES DEL PROLOGO.

ACTORES.

16	DIANA.	SEÑORA D. M. DIEZ.
20	ANTONIO DE LEIVA.	SEÑOR D. J. ROMEA.
30	HERNANDO DE CORREA.	SEÑOR D. P. SOBRADO.
45	EL MARQUES DE PONTEVADO.	SEÑOR D. J. CALVO.

EPOCA 1503.

La escena en una arqueria de la Rioja.



La propiedad de esta comedia pertenece al CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de mayo de 1847, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpressos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contrasena reservada que se estampará en cada uno de los legitimos.



PROLOGO.

Una huerta poblada de frutales, emparrados, legumbres, algunos rosales y otras flores. En el fondo, y entre los árboles, se descubre una tapia con una puerta practicable; y á la derecha del actor la entrada á una casa de humilde aspecto.

ESCENA I.

DIANA, vestida de labradora, se ocupa en formar un hermoso ramo de flores: HERNANDO DE CORREA, en traje de sargento y con una vándera al hombro, entra por la puerta del fondo y se dirige á la casita.

DIAN. ¡Ah! (Viendo á Correa.)
COR. ¿Quién grita?
DIAN. Como entráis...
COR. Entrando.
DIAN. ¿Pero á quién busca?

COR. ¿A quién buscar puede un hombre
(Acercándose á Diana.)

de mi porte y mi figura
sino á un mozo que prometa
buena planta de recluta?

DIAN. Pero...

COR. ¿Qué?

DIAN. Digo....

COR. ¿Qué dices?

DIAN. Que, antes de entrar, se acostumbra
á pedir vénia.

COR. Comprendo ;
pero es el caso que nunca
tuvo Hernando de Correa
que perder tiempo en disputas,
para recorrer las cámaras
de esta casa...

DIAN. Pues con mucha
libertad, señor soldado...

COR. Sargento, moza...

DIAN. Sin duda,
señor sargento...

COR. ¿Decias...?

DIAN. Nada, vuestra faz...

COR. ¿Te asusta?

DIAN. Sí en verdad.

COR. Mucho lo siento,

¡Voto al diablo! que eres una
muchacha de lindo talle
y de no poca hermosura.

DIAN. Callad; porque esas palabras...

COR. Quieren decir, que me gustas:
ni mas ni menos. Yo soy
sargento, y de malas pulgas;
pero en viendo, prenda mia,
una serrana de punta
como tú...

DIAN. Callad.

COR. Me callo.

Pero dime ¿cuantas lunas
han pasado desde que
aquí tus soles alumbran?

Respóndeme.

DIAN. ¿A quien buscas?

COR. Vuelta á la misma pregunta.

Buscaba á Antonio: ahora quiero
contemplar esa cintura,
ese pie.... (*Acercándose á Diana.*)

DIAN.

Voy á llamarlo (*Acercándose á la casita.*)

COR.

Pero (*Queriéndola cerrar el paso.*)

DIAN.

Dejadme (*Entra en la casita.*)

COR.

Se fuga.

ESCENA II.

CORREA *arrima la bandera á un árbol, y se pasea pensativo*

¿En donde habrá reclutado

Leiva esta linda rapaza?...

¡voto al demonio! que caza

el mancebo en lo vedado.

Dice su acento, que no

ha crecido en esta tierra:

el mozo no ha hecho la guerra...

¿En donde la cautivo?

Pues yo sin averiguar,

¡por Santiago! no he de irme,

si la cazó en tierra firme

ó si la pescó en la mar.

Los mancebos el demonio

tienen el cuerpo cuando

ven una rapaza.

ESCENA III.

CORREA y LEIVA, *que sale de la casita.*

LEIVA.

¡Hernando!

COR.

¡Ven á mis brazos, Antonio! (*Se abrazan.*)

LEIVA.

¿Cómo lo has pasado?

COR.

Bien.

LEIVA.

Vencedor siempre.

COR.

Y vencido.

LEIVA.

¿Vencido?

COR.

No lo has oido.

Los castellanos tambien

hemos sufrido reveses.

LEIVA. ¿Nosotros?

COR. Sí; y no te asombres.

¿Por ventura, no son hombres,
como tú y yo, los franceses?

LEIVA. Sí; pero...

COR. Palabras huecas

á un lado, que, en conclusion,
ellos tienen corazon
y espadas blanden no ruelas.

Y hay de valor mas alarde,
hay gloria mas esplendente
en resistir á un valiente
que en derrotar á un cobarde.

Como amigos conquistamos;
pero, luego que vencimos,
los estados dividimos
mal y no nos conformamos.

El francés á mano airada
nuevas provincias pidió,
que el gran Capitan guardó,
y puso en juego la espada.

El, con mas fuerza y alerta
estaba, y afortunado
á nuestro gefe ha sitiado
en su campo de Balerta.

Queda en él: yo vengo á España
á reclutar nuevas gentes,
que nos devuelvan valientes
el honor de la campaña.

Y como, cuando partí,
seguirme á Italia quisiste,
y por niño no viniste,
ahora yo vengo por tí.

Dispónte al punto.

LEIVA. No puedo.

COR. Voto á Santiago!

LEIVA. Correa,
combates mi alma desea;
pero me detiene...

COR. El miedo. (*Con desprecio.*)

LEIVA. ¿Qué has dicho?... Nécio de mí.

No debo irritarme... Piensa
que te perdono una ofensa.

COR. ¿Pero te quedas aquí?

LEIVA. Sí.

COR. ¿ Y aquella sed de gloria
que alimentó tu niñez
con una noble altivez!

LEIVA. Escucha, Hernando, una historia.

COR. Ya escucho.

LEIVA. En esta alquería,
que mis padres levantaron
y en herencia me dejaron,
honrado y feliz vivía.

Pensando siempre en la guerra,
bañaba con mi sudor
los pétalos de la flor,
las entrañas de la tierra.

Entonaba la canción
marcial, que anima al soldado,
una mano en el arado
y otra sobre el corazón.

Y aunque soñaba, en mi afán,
con los bélicos laureles,
cenaba en blancos manteles
moreno y sabroso pan.

Esto traigo á tu memoria,
porque en breve cuadro encierra
que cultivando la tierra
puede pensarse en la gloria.

COR. Prosigue.

LEIVA. Llegó de mayo
una tarde, en que las flores
ostentaban sus colores
del sol al ardiente rayo.

Sobre el césped reposaba
tranquilo, y me adormecía
el arroyo que corría
ó el ruisenor que trinaba.

De mi sueño sosegado
me sacó una voz suave,
mas que los trinos del ave,
y me encontré rodeado

de un hombre, una anciana dueña,
y una jóven mas hermosa
que la mas temprana rosa
de la mañana risueña.

Aparicion la creí
bajo el tupido ramaje;
me pidieron hospedaje



y yo hospedaje les dí.

Pero, Hernando, al hospedar
tan soberana belleza,
me avergonzó mi pobreza
y lo humilde de mi hogar.

Huyeron de mi memoria
despues los bélicos sueños,
y en amorosos empeños
troqué mis sueños de gloria.

COR. ¡Leiva!...

LEIVA. Perdona... La adoro.
Tú la has visto, de aldeana
vestida. Dí ¿mi Diana
no es de hermosura un tesoro?

COR. Sí.

LEIVA. En su tierna juventud
Aduna, raro portento,
á la belleza el talento
y al talento la virtud.

Ya conoces que no puedo
buscar en estraña tierra
los azares de la guerra.

COR. ¿Te quedas, Leiva?

LEIVA. Me quedo.

Sabes que mi corazon
con fuego pátrio se inflama.

COR. ¿Y qué?

LEIVA. Es débil porque ama.

COR. Basta. Dime ¿quienes son
esos huéspedes?

LEIVA. Vivian
en un palacio murado
del marqués de Pontevado,
á quien todos tres servian.

COR. Sigue.

LEIVA. Una noche....

COR. ¿El marqués,
respóndeme, hizo traición
á las armas de Aragon,
prestando ayuda al francés?

LEIVA. Sí.

COR. ¿El palacio en lo mas alto
de la Calabria está?

LEIVA. Sí.
¿Pero cómo sabes?...

y viéndote en la memoria,
hermoso emblema de gloria,
fué creciendo mi cariño.
Mas hoy el laurel descño,
sin tocarlo, de repente:
ya te abandono vilmente,
porque ofrecen los amores
de mirto y de blancas flores
otra corona á mi frente.

¡Diana! Llega encantadora
que me ofreces otro templo;
mira que loco contemplo
la enseña que me enamora.
No tardes: pues cada hora,
en el confin italiano,
oigo la voz de un hermano
que me llama en su despecho;
y á esa voz salta en mi pecho
un corazón castellano.

No puedo mas. ¡Mi bandera! (*Cojiendo la bandera.*)
rota por cruda metralla,
tú serás en la batalla
mi constante compañera.
Tremolarás la primera
sobre la torre mas fuerte.
¡Oh! yo sabré defenderte;
y, de victoria en victoria,
para tí será la gloria,
para mí será la muerte.

ESCENA V.

LEIVA y DIANA, *que se adelanta hácia el jóven; este deja la bandera y se arrodilla.*

DIAN. Muy bien.

LEIVA. Perdona...

DIAN. A mis pies

postrado. ¿Por qué razon?

LEIVA. Porque alcanzar tu perdon

espero como me ves.

DIAN. ¿Tú me has ofendido?...

LEIVA. Sí.

- DIAN.** No adivino la manera.
LEIVA. Adorando esa bandera
como te adoraba á tí.
Borrando de mi memoria,
un solo instante, tu amor,
para pensar con ardor
en las lides y la gloria.
Queriendo llevar la muerte
y blandir la espada impía...
- DIAN.** ¿Me abandonas?...
LEIVA. No, alma mía;
y uno mi suerte á tu suerte.
Pero, aunque no te abandono,
ya que loco te ofendi,
espero perdon de tí.
¿Me perdonas?...
- DIAN.** Te perdono.
LEIVA. Gracias...
- DIAN.** ¿Nunca pensarás
en dejarme?...
- LEIVA.** Te lo juro.
DIAN. Jamás el acero duro
tu diestra empuñe...
- LEIVA.** Jamás.
DIAN. Sí, y un día, y otro día,
á nuestros castos amores
cadenas darán las flores
y las aves armonía.
- LEIVA.** Sí, sí. Yo me entregaré
á las rústicas faenas,
mientras floridas cadenas
forjen tus manos:..
- DIAN.** Sí á fé.
LEIVA. Y cuando deje mi arado
el fecundo surco abierto:
cuando de sudor cubierto
traiga mi rostro tostado:
cuando la dorada mies
ó de las parras el fruto,
dulce y sabroso tributo,
presente, hermosa, á tus pies:
para premiar mis fatigas,
me ceñirán los amores
una corona de flores,
de pámpanos y de espigas.

DIAN. Enjugaré tu sudor
cuando dejes el arado ,
y sobre el rostro tostado
dará un ósculo mi amor.

Recibiré, de tu mano ,
arrodillada el racimo
sabroso, dorado, opimo,
y el rubio y fecundo grano.

Para premiar tu faena
y tus fuerzas restaurar ,
sazonaré en el hogar
limpia y nutritiva cena.

Y sobre el blanco mantel ,
al lado del pan moreno ,
verás oloroso y lleno
un jarro de moscatel.

Mas no pienses que á mi afan
faltarán flores hermosas ;
el vino pondré entre rosas
y entre azucenas el pan.

Y asi un dia , y otro dia ,
á nuestros castos amores
cadenas darán las flores
y las aves armonía.

LEIVA. Calla, déjame estasiarme
en porvenir tan risueño.
¿ Pero será todo un sueño ?
Cuanto temo despertarme.

DIAN. Leiva...

LEIVA. Escucha: mi pasión
es tan grande, tan violenta,
que reanima y atormenta
á un tiempo mi corazón.

Tras la ventura de hoy
miro impaciente, Diana,
la ventura de mañana,
y tras ella loco voy.

Temerario me abandonó
en alas de mi deseo,
por olvido lo que poseo
por buscar lo que ambiciono.

Pretendo dar á mi alma
reposo, mas la memoria
retrata una nueva gloria,
y nunca encuentro la calma.

En tan acerba inquietud
boga, y boga combatida
de rudas olas mi vida;
y paso mi juventud
sin encontrar el reposo...

DIAN. Prosigue.

LEIVA. Que busco en vano.

DIAN. ¿Y ese reposo?...

LEIVA. En tu mano
está. Quiero ser tu esposo. (*Diana se estremece.*)

DIAN. Si.

LEIVA. A tu padre contaré
mi sufrimiento prolijo,
y con la humildad de un hijo
tu mano le pediré.
(*Diana se estremece de nuevo, y va cayendo en melancólica distraccion.*)

Y en mis palabras...

DIAN. ¿Qué dices?

LEIVA. Del mas puro amor el fuego
verá; cederá á mi ruego,
y seremos muy felices.

DIAN. Si, muy felices.

LEIVA. Me pasma
tu abatimiento, amor mio.
Ríe, como yo me río.

Ya huyó el lúgubre fantasma
que me atormentó hace poco.

Pero tú tiembles, vacilas,
baña el llanto tus pupilas...

Es para volverme loco
esa tristeza.

DIAN. No.

LEIVA. Si.

DIAN. Bien. Me aflige y me acobarda
que mi padre mucho tarda
desde que salió de aquí.

Muy poderoso interés
lo impulsó á marchar resuelto
á la corte, y ¡ay! no ha vuelto
habiendo pasado un mes.

En este tiempo tan largo
sola estoy; y en tal olvido
me deja, que no he tenido
noticia suya. Haste cargo

si silencio tan cruel
aumentará con violencia
los rigores de su ausencia;
sí debo temblar por él.

Su recuerdo me persigue ,
sin dar á mi ansiedad pausa.
Ya sabes la única causa
de mi tristeza.

LEIVA.

Prosigue.

DIAN.

¿Quieres saber mas?

LEIVA.

Sí. Quiero

saber que mi amor no influye
en tu ansiedad , ni destruye
tu paz.

DIAN.

No sigas.

LEIVA.

Espero ,

y á tu ternura reclamo
como el mas grande favor ,
una protesta de amor...

Una palabra.

DIAN.

Te amo.

LEIVA.

No mas.

DIAN.

Yo...

LEIVA.

Por compasion

no mas. Generosa has sido.

(Poniendo la mano de Diana sobre su pecho.)

¿El amoroso latido
sientes de mi corazon?

DIAN.

Sí.

LEIVA.

Escucha : mi frenesí
es tal , es mi dicha tanta ,
que me estremece , me espanta ,
y necesito huir de tí.

ESCENA VI.

DIANA.

Ay! de amores loco
se marcha el doncél;
; ay! loca de amores
me deja tambien.
Mas él huye alegre ,
mas que el rosicler

de aurora entre nubes
de rosa y clavel;
y yo, con suspiros
y llanto á la vez,
repito á las áuras
que sufro por él.

De humilde linaje
nos juzga, y nos vé
sin patria ni hogares
proscritos correr.
Azares no teme
que puedan un bien
robarle, tan caro
para su alma fiel.
Mas yo que conozco
la fiera altivez
de mi padre, digo,
que sufro por él.

Mi padre corona
ciñe de marqués,
que debe algun día
pasar á mi sien.
Mas él con sus manos
recoje la mies,
y empuña la esteva,
ó tiende la red.
De nuestros amores
se dá el parabien,
porque no adivina
que sufro por él.

Mas toda esperanza
no debo perder.
Mi padre las iras
provocó del Rey.
Perdió sus estados...
¿Qué le queda, pues?
De ilustres abuelos
el falso oropel.
Mi amante me adora,
no debo temer.
Suspiros á un lado;
feliz soy por él.

ESCENA VII.

DIANA y el MARQUES, en traje de camino y por la puerta del fondo.

MARQ. Diana.

DIAN. Llegad, padre mio,
y mis temores acaben.

MARQ. Sí; de una vez hallar deben
término nuestros pesares.
Estréchame alborozada:
vuelve otra vez á abrazarme,
y el llanto de los proscritos
jamás tus mejillas bañe.

DIAN. ¿Qué dices, señor?

MARQ. Que pronto
verás del cielo de Nápoles,
las refulgentes estrellas
y el azul puro y suave.
Que serás de tus mayores
en los antiguos alcázares,
por hermosa celebrada
y envidiada como antes.
Que los reyes de Castilla
y Aragon, nobles y grandes,
mis desaciertos olvidan
y conceden sus bondades.
Que dueño, como otras veces,
de castillos y lugares
tendré vasallos humildes
que mis órdenes acaten.
Y en fin... Pero no me escuchas.

Pálido está tu semblante.
¿Qué tienes? ¿No te embriaga
la dicha de contemplarte
en la magnífica altura
de donde un punto bajaste?

DIAN. Agradezco las mercedes
que los monarcas nos hacen,
porque llenan de alegría
el corazon de mi padre.
Vos encontráis la grandeza
que mucho tiempo gozásteis,

y que hasta aquí os perseguía
su deslumbradora imágen.

Yo, señor, nada echo menos
en aquestas soledades;
y si entré en ellas llorando,
mermaron tanto mis males,
que no es estraño al dejarlas
amargo llanto derrame.

MARQ.

Ya encontrarás, hija mia,
un bien en nuestros hogares,
que no te deje memoria
del tiempo que aquí pasaste.
Marchar debemos alegres...

DIAN.

¿Cuándo, señor?

MARQ.

Esta tarde.

DIAN.

¿Tan pronto?

MARQ.

Yo no he querido
dejar este humilde traje,
por no llamar la atención
de estos buenos habitantes.

Mas es preciso, Diana,
que emprendamos el viaje
pronto; porque nos esperan,
ocultos y no distantes,
palafrenes y criados.

Dí á la dueña que prepare
con la mayor prontitud
nuestro modesto equipaje,
en tanto que me despido
de nuestro huesped.

DIAN.

¿Contarle
pensais de nuestra fortuna
el cambio?

MAR.

No; pues mas vale
dejarlo en su horror; aunque
su generoso hospedaje
pienso, al punto de partirnos,
con oro recompensarle.

DIAN.

¿Quereis pagarle con oro?

MARQ.

¿Conqué quereis que le pague?

DIAN.

Mirad que ese labrador,
aunque de humilde linaje,
tiene un alma...

MARQ.

Hacia aquí viene.
Aprovecharé de hablarle

DIAN. la ocasion. Disponlo todo.
MARQ. Lo haré, señor.
Y no tardes.

ESCENA VIII.

EL MARQUES Y LEIVA.

LEIVA. ¡Gracias á Dios! cuánto afan
manifestó esta mañana
por vuestra ausencia Diana.

MARQ. Sus penas acabarán,
para no reproducirse
en mucho tiempo.

LEIVA. Lo creo.
Ella os ve, como yo os veo;
no tendrá por que aflijirse.

Y vos, para no turbar
su permanente alegría,
no abandonareis, ni un día,
este apacible lugar.

MARQ. No puedo permanecer
en tan risueña morada.

LEIVA. ¿Os vais?

MARQ. Si.

LEIVA. De vuestra amada
hija acabará el placer,
si os ausentais.

MARQ. No te aflija
su inquietud, honrado amigo;
porque llevaré conmigo...

LEIVA. ¿A quién?

MARQ. A mi tierna hija.

LEIVA. ¿A dónde?

MARQ. A la misma tierra
que mis padres habitaron;
y de la que me alejaron
los rigores de la guerra.

LEIVA. ¡Es imposible!

MARQ. ¡Imposible!

LEIVA. No puede ser

MARQ. Loco empeño.

LEIVA. Sin duda me ofusca un sueño.
pero un sueño muy horrible.

- MARQ. No. Marchamos. De las leyes el rigor han mitigado, volviendo al marques su estado, nuestros generosos reyes.
- Con tal noticia, yo debo aprovechar los instantes....
- LEIVA. Pero me escuchareis antes de marchar.
- MARQ. Habla, mancebo.
- LEIVA. Tiembla el corazón cobarde, y queda el labio indeciso.
- ¡Oh! no os marcheis.
- MARQ. Es preciso.
- LEIVA. ¿Y cuando será?
- MARQ. Esta tarde.
- LEIVA. Pues escuchad: cuando aquí llegasteis os estimé, porque en vosotros hallé la familia que perdí.
- Fué mi respeto hacia vos el que á un buen hijo conviene; el que en la tierra se tiene á un padre, imagen de Dios.
- Al mismo tiempo una llama ardió en mi pecho tan....
- MARQ. Sella el labio.
- LEIVA. La adoro.
- MARQ. ¿Y ella?
- Responde pronto.
- LEIVA. Me ama.
- MARQ. ¿Qué dices? Habla.
- LEIVA. Bien sé que os pido un rico tesoro; mas, perdonadme, la adoro con tanto delirio y fé...
- MARQ. Basta.
- LEIVA. Siento que te aflija mi súplica; pero es...
- MARQ. De Pontevedo el marqués yo soy.
- LEIVA. ¿Y es ella?
- MARQ. Mi hija.
- LEIVA. ¡Ah! (*Cayendo sobre un banco.*)
- MARQ. Ya ves que es un delirio

- LEIVA. tu inesplicable deseo.
Teneis razon. Ya lo veo. (*Lerantándose.*)
(¡Qué humillacion! ¡qué martirio!)
- MARQ. Y así...
- LEIVA. Dejadme. ¿Por qué
vuestro nombre habeis llamado?
¿Por qué así habeis abusado
de mi franca buena fé?
Si al pisar del labrador
la pobre y rústica casa,
en donde hallásteis sin tasa
generosidad y amor;
le contárais francamente,
en vez de mentidos duelos,
que de cien nobles abuelos
sois único descendiente:
el labrador comprendiera
que os daba, amándola, enojos,
y nunca alzára sus ojos
hasta la ilustre heredera.
Pero, en vez de así pensario,
tuvo el noble por mejor
engañar al labrador,
para despues humillarlo...
Idos. Lástima me inspira
de quien miente la grandeza.
- MARQ. ¡Antonio!
- LEIVA. Vuestra nobleza
es una infame mentira.
- MARQ. Callad!
- LEIVA. De mi opinion cedo, (*Con irosia.*)
y no la sostengo, no;
porque si el noble mintió
fué, marqués...
¿De qué?...
De miedo. (*Con desprecio.*)
- MARQ. Arrancaré la atrevida
lengua. (*Leiva detiene el brazo del marqués.*)
- LEIVA. Detened la mano,
ó ¡vive Dios! que el villano
os arrancará la vida.
- MARQ. ¡Mal nacido! (*Forcejeando.*)
- LEIVA. Yo os prometo (*Apretándole el brazo.*)
que apreciará vuestra casta
la de este labrador...

ESCENA IX.

EL MARQUÉS. LEIVA, y DIANA que se precipita entre los dos.

DIAN. Basta. (*Leiva deja el brazo.*)
Es mi padre. (*A Leiva.*)
LEIVA. Lo respeto. (*Con amargura.*)
DIAN. Gracias! (*A Leiva.*)
LEIVA. Señora, marchad (*Con energía.*)
con vuestro padre.
MARQ. Marchemos.
(*Se dirige á la puerta del fondo.*)
DIAN. ¡Jamás, jamás nos veremos! (*Acercándose á Leiva.*)
LEIVA. Señora... En la eternidad.

ESCENA X.

LEIVA se pasea apresuradamente; despues se para y dice.

LEIVA. Bien, Antonio: aunque villano
no has abatido la frente
ante el orgullo insolente
de ese magnate italiano.
Y dominando el amor
que tu existencia envenena,
para romper su cadena
no te ha faltado valor.
Bien, pobre mancebo, sí.
Mi júbilo no te asombre,
te has portado como un hombre,
y estoy contento de tí! (*Pausa.*)
¿Contento tú, pobre mozo,
cuando tu amada has perdido
por que grande no has nacido...?
Ja; calma, calma tu gozo.
¿La sarcástica sonrisa,
que tanto ofende, no ves
en los lábios del marques,
que te desprecia y te pisa?
¿No ves tu súplica vana,
que al principio no le ofende,

porque siquiera comprende
que amar puedas á Diana?

Deja tu vana ilusion
que aumentará tus desvelos :
no tienes nobles abuelos...
¡Arráncate el corazón! (Pausa.)

¡Que soledad ! Su profundo
silencio ;ó Dios! me estremece.
Tengo miedo... Me parece
que solo quedo en el mundo.

¿Por qué en el terror me abismo?...
¿Quién causa el temor que siento?...

Lo causa mi pensamiento...
Tengo miedo de mi mismo.

El pensamiento me advierte,
toda esperanza perdida,
que es mi tormento la vida...
que es mi descanso la muerte.

¿Para que quiero vivir
con tan profundo despecho?...
Animo, Antonio; esto es hecho...
(Dirigiéndose hacia el fondo.)

ESCENA XI.

LEIVA y COREEA que le cierra el paso.

COR. ¿A dónde vas?

LEIVA. A morir.

COR. ¿Por qué?

LEIVA. Porque no me queda,
Hernando, esperanza alguna.

COR. Quien sabe: de la fortuna
no para nunca la rueda.

LEIVA. Fija para mi...

COR. No tal.

LEIVA. Quiero morir.

COR. Muy bien dicho,
y respeto tu capricho.
Pero sepamos tu mal.

¿Por qué aborreces la vida?

LEIVA. Porque pierdo la que adoro.

COR. Pues yo traigo tu tesoro,
la muerte y una querida.

- LEIVA. Venga la muerte veloz.
COR. Si su imagen no te aterra,
llámala, Antonio, en la guerra
y responderá á tu voz.
- LEIVA. ¿En la guerra?
COR. Si: mas vale
morir con alguna gloria,
y que á los siglos la historia
un noble ejemplo señale.
- LEIVA. Dices bien: á muerte fiera
la batalla me convida.
¿En donde esta mi querida?
COR. Tómala, en esta bandera.
(*La presenta á Leiva que la mira en silencio.*)
No es jóven, y no se halla
robusta, da compasión;
pero sus arrugas son
heridas de la metralla.
Mil valientes la adoramos,
aunque no es jóven ni bella;
despósate tú con ella
y sígueme á Italia.
- LEIVA. Vamos. (*Cojiendo la bandera.*)
Su esposo soy. No me asombra
el peligro. Cuando muera
me cubrirá esta bandera
como hoy me presta su sombra.
(*Tremolándola sobre su cabeza.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

AÑOS. PERSONAS DEL DRAMA. ACTORES.

38	DIANA.	SEÑORA DOÑA MATILDE DIEZ.
42	ANTONIO DE LEIVA.	SEÑOR D. JULIAN ROMEA.
52	HERNANDO DE CORREA.	SEÑOR D. PEDRO SOBRADO.
67	EL MARQUES DE PONTEVADO.	SEÑOR D. JOSE CALVO.
25	VELAZQUEZ.	SEÑOR D. MANUEL OSORIO.
40	EL CORONEL TUDESCO.	SEÑOR D. BENITO PARDIÑAS.
45	EL PARLAMENTARIO.	SEÑOR D. JOSE DIEZ.

ANCIANOS, OFICIALES Y SOLDADOS TUDESCOS Y ESPAÑOLES.

EPOCA DEL 23 AL 24 DE FEBRERO DE 1525.

La escena en el palacio de Antonio de Leiva, en Pavía.



ACTO PRIMERO.

Gran salon en el palacio de ANTONIO DE LEIVA, con puertas laterales y en el fondo.

ESCENA I.

El MARQUÉS DE PONTEVADO y el CORONEL DE LOS TUDESCOS.

- MARQ. Necesito la respuesta;
pues veloz el tiempo corre,
y todo debe cumplirse
antes de la media noche.
- CORON. Breve es el plazo.
- MARQ. No importa,
porque así serán mayores
las recompensas.
- CORON. Me allano.
- MARQ. Luego quedamos ..
- CORON. Conformes.

- MARQ.** Ya conoceis nuestro plan por entero...
- CORON.** Sé que es doble, y que influirán los sucesos en nuestras resoluciones.
- MARQ.** Quizás debo recordaros importantes pormenores.
- CORON.** Nada olvido.
- MARQ.** Mas...
- CORON.** Silencio. Algunas paredes oyen, y no estará bien que estas escuchen nuestras razones.
- MARQ.** Sois prudente.
- CORON.** Separarnos debemos ya, no nos corten las palabras, y con ellas nuestras buenas intenciones.
- MARQ.** Dios os guarde.
- CORON.** Guárdeos Dios.
- MARQ.** Tendremos oro y honores. *(Se va por el fondo)*

ESCENA II.

EL CORONEL.

Aun duda el marqués: no sabe que ha dado al fin con su hombre, y que me conviene mucho asegurar bien el golpe. Hombre de espada naci, y saben Dios y san Jorje que con la espada pretendo alcanzar oro y blasones. *Quien mejor paga mas vale*, esta es mi ley y mi norte. Traidores son los vencidos: héroes son los vencedores. Animo; para quedar honrados en las traiciones precisó es triunfar, venciendo. Voto al diablo! no hay traidores.

ESCENA III.

EL CORONEL y CORREA.

COR. Mi coronel.

CORON. Bien venido.

(Si no escuchó nuestras voces.)

¿Qué noticias?

COR. Nada nuevo.

No cambian las posiciones
de franceses, italianos,
alemanes, ni españoles.

Van cuatro meses de cerco,
de asaltos é intimaciones:
el francés firme en sus trece,
nosotros en las catorce.

Si atacan, los rechazamos
en las puertas y en las torres:

á su gruesa artillería
replican nuestros cañones:

á sus mas fuertes asaltos
nuestras salidas responden;

disputamos cuerpo á cuerpo
el agua y las provisiones;

y nos hallamos tan cerca
sitiados y sitiadores,

que, cuando tocan al arma,
el mas diestro desconoce

si franceses ó imperiales
son trompetas y tambores.

Asi van pasando días,

y por mas que cruge el bronce,

lo mismo nos encontramos

que al principio: si no opone

unos cuantos vivos menos

y unos muertos mas...

CORON.

Conoce

muy bien el señor sargento
nuestras mútuas situaciones.

Mas olvida sin embargo,

aunque recordarlo importe,

que temblando se pronuncian

á todas horas, dos nombres:

hambre y peste; que el soldado
un cuarto de ración come,
y con el hambre y la peste
se arrastran los pobladores
de la ciudad, que si pronto
Pescara no nos socorre,
y el hacerlo es muy difícil,
por mas que el valor abone
de las imperiales huestes
esfuerzos héroicos, nobles,
mermadas por la epidemia
y del hambre á los rigores,
morirán sin que la gloria
su sacrificio corone.

Cor.

¿Y que mas da? moriremos
impávidos defensores
de esta ciudad, tremolando
los imperiales pendones
Curtidos ya en los combates,
de la guerra los furoros
traspasan, sin aterrarlos,
nuestros duros corazones.
Alimento de las almas
son los bélicos redobles,
y hambrientos harán mas presa
los castellanos leones.
Rendirnos nunca; morir,
si el cielo no nos acorre
en las ruinas sepultados
de esos viejos torreones.
Esta es mi opinion, la misma
tiene el general, que note
la vuestra entre los mas firmes
de tus bravos campeones
permitireis.

CORON.

Quien lo duda.

COR.

Triunfar ó morir.

CORON.

Conformes.

COR.

El triunfo es nuestro con tal
conformidad de opiniones.

ESCENA IV.

El CORONEL, CORREA, LEIVA acompañado de varios oficiales españoles, alemanes é italianos, y VELAZQUEZ

- LEIVA. (A los oficiales que lo acompañan.)
No hay en el campo enemigo
muestras de próximo alarde,
y se pasará la tarde
sin dar severo castigo
á su indómita arrogancia.
Yo velo por la ciudad;
un momento descansad,
mientras reposa la Francia.
- VELAZQ. Sus horas de calma son
de embates presagio cierto.
- LEIVA. Qué importa, si está despierto
el castellano leon.
- CORON. Y vos, general, con él,
siempre avivando su saña,
pronto á lidiar por España.
- LEIVA. Y por Austria, coronel.
Pues no es monarca distinto,
ni distinto caballero,
de España el Carlos Primero
y del Austria el Carlos Quinto.
Y así con el mismo afán,
por el mismo soberano,
lidian flamenco, italiano,
españoles y alemán.
- CORON. Todos con un interés
sus derechos sostenemos.
- LEIVA. Y todos nos portaremos
bizarramente.
- CORON. Así es.
- LEIVA. Que, por especial favor, (Con intencion.)
Quizas, la cesárea renta
ningun cobarde alimenta
ni paga ningun traidor.
- CORON. Contando siempre con buenos,
mas tranquilo cada dia
estais.
- LEIVA. No me inquietaria

- una traicion mas ó menos.
- CORON. ¿ No os dieran zozobra y pena unos malos servidores ?
- LEIVA. No : colgara á los traidores , como á perros , de una almena.
- Y sin mudar de color saldría al campo despues.
- CORON. ¿ A qué ?
- LEIVA. A matar un frances por cada ahorcado traidor.
- CORON. Nuestra probada lealtad...
- LEIVA. Evitará el escarmiento. (*Despidiendo á sus oficiales.*) Aprovechad el momento de la trégua , y descansad.

ESCENA V.

CORREA Y LEIVA.

- LEIVA. Tambien yo descansaré. (*Sentándose.*)
- COR. Toda la noche has rondado , debes estar fatigado.
- ¿ No es así , Antonio ?
- LEIVA. No , á fé.
- COR. ¡ Oh ! de admirar no me canso el buen temple de tu acero : siempre al peligro el primero ; siempre el ultimo al descanso.
- Donde hay mayor riesgo , allí de seguro te contemplo.
- LEIVA. Yo debo dar el ejemplo ; yo que mando... ¿ No es así ?
- COR. Pero me asombra , en verdad , que tanto tu brio sea.
- LEIVA. Eso , Hernando de Correa , consiste en la voluntad.
- COR. ¿ Pues qué te rindes... ?
- LEIVA. Escucha , y cállalo ; yo no cejo nunca ; pero si forcejo para sostener la lucha.
- Aunqé sereno me ves ,

provocando los combates,
temo los rudos embates
del ejército francés:

y me atormenta el cañon,
que hiere nuestra muralla,
como si bala y metralla
dieran en mi corazon.

Mientras la fiebre aniquila
á defensores leales,
recorro los hospitales
con faz risueña y tranquila.

Mas es mentira mi calma,
cuando el duro azote hiere:
cada soldado que muere
me lleva parte del alma.

Dicen que con franca risa
miro, y no atiendo á razones,
como nuestras provisiones
se agotan á toda prisa.

Y no sospechan la ruda
pena que en el alma siento,
si un niño me llora hambriento
ó maldice una viuda.

No miran que estoy temblando
porque pide, con razon,
el soldado una racion
que darle no puedo, Hernando,

Y no ven bajo el alambre
de mi bruñida visera
un rostro como la cera,
de angustia, fatiga y hambre

COR. ¿ Tanto sufres?

LEIVA. Calla, calla.

Esto queda entre los dos.
Unico testigo es Dios
de mi sangrienta batalla.

COR. Pero...

LEIVA. En tanto que yo aliente

debe la hueste admirada
mirar mi faz sosegada,
alta y serena mi frente.

(La mano sobre el pecho.)

Truene aqui la tempestad;
brille en mi faz la alegría;
porque una sonrisa mia

valer puede una ciudad.

COR. Antonio.

LEIVA. Ya comprender debes cuanto habré sufrido.

COR. ¿Y, dime, tú no has comido?..

LEIVA. No he comido desde ayer.

COR. Te callas, por vida mia, y el hambre te está matando.

LEIVA. Pues traeme mi pan, Hernando, y mi copa de agua fria.

Mas sírvenme puntual, mi advertencia no te asombre, que está muy hambriento el hombre... aunque firme el general.

ESCENA VI.

LEIVA.

Has cuentas contigo mismo por mas horrible que sea, y francamente sondea la inmensidad del abismo.

Un enemigo valiente te combate numeroso, sin dar tregua ni reposo á tu fatigada gente.

Afligida la ciudad, y su suelo en sangre tinto, imperan en su recinto el hambre y la enfermedad.

Agotado tu tesoro y tu vajilla acuñada, de los templos la sagrada plata has tomado y el oro.

Y despues de tanto afan, cuando te pide ceñudo el soldado, ni un escudo tienes que darle ni pan.

Y en siniestra confusion, que entre murmullos se apaga, unos reclaman la paga y otros piden la racion. (Pausa.)

Tras unos frágiles muros,
con soldados descontentos,
enflaquecidos, hambrientos,
siempre abrumado de apuros
¿podré resistir?... Podré.
A lo mejor no he de undirme.
Siempre me ha encontrado firme
la suerte, y la venceré. (*Pausa.*)
¿Te desplomas sobre mi,
ciudad de muertos y escombros?
No importa; sobre mis hombros
puedo sustentarte, sí.
No han de humillar mi bandera,
pues preparado me encuentro,
ni los apuros de dentro
ni los combates de afuera.
Y, gracias á mi valor,
á mi indomable porfía,
seguirá siendo Pavía
de mi Rey y emperador.

ESCENA VII.

LEIVA y VELAZQUEZ.

- VELAZQ. Mi general.
LEIVA. Adelante.
VELAZQ. Os busco, señor.
LEIVA. ¿Qué quieres?
VELAZQ. En la antecámara esperan
algunos ancianos débiles
que, para entrar ante vos,
vuestro permiso les lleve.
LEIVA. ¿Qué solicitan?
VELAZQ. Lo callan.
LEIVA. Diles, capitán, que entren.

ESCENA VIII.

LEIVA, y momentos despues el MARQUES y SEIS ANCIANOS, en trages que manifiestan distintas gerarquias.

- LEIVA. Venia piden los ancianos...
(Se pasea, acercándose á la puerta de entrada.)
¿Qué me querrán esas gentes?
(Los ancianos se detienen al ver á Leiva.)
Pero se acercan. Señores,
pasen. ¿Por qué se detienen?
- MARQ. Señor, con nuestra embajada
temiéramos ofenderte.
- LEIVA. Entrad, señores, entrad. (Entran los ancianos.)
Pues solo mi vista temen
los que cobardes conspiran
ó se declaran rebeldes.
- MARQ. Obedecemos sumisos,
y sin quejarnos, tus leyes;
y á tí llegamos, por que
el que suplica no ofende.
- LEIVA. Hablad.
- MARQ. Tú, señor, conoces,
que el hambre, la guerra y peste,
azotes de Dios, destruyen
la ciudad que tú defiendes.
Tú ves de sus moradores
mústias y bajas las frentes,
y que su reposo hallan
en los brazos de la muerte.
Tú sabes...
- LEIVA. Se que conozco
cuanto en la ciudad sucede,
y que haciéndome su historia
el tiempo, ancianos, se pierde.
Con referirlos, los males
no se transforman en bienes,
y lo mejor es sufrirlos
hasta que Dios los remedie.
- MARQ. Por eso á tí, que de Dios
estás haciendo las veces,
pues segun tu voluntad

dispones de nuestra suerte,
te suplicamos humildes
que tu autoridad emplees,
para que tantas angustias
y tantos temores cesen.

LEIVA. No comprendo vuestras súplicas.

MARQ. ¿Nuestra misión no comprendes ?

LEIVA. No.

MARQ. Pues á nombre de un pueblo
sufrido, noble y valiente,
que de epidemia y de sitio
cuenta, señor, cuatro meses,
te pedimos.

LEIVA. ¿Qué? (*Con dureza.*)

MARQ. Perdona. (*Tembloroso.*)

LEIVA. Prosigue.

MARQ. Un pueblo que muere
solicita...

LEIVA. Estás temblando.

Entre tus labios se mueven
las palabras, y se niegan
á salir. No te atormentes
en buscar fuerzas. No salen,
quizás, porque no conviene
que tus labios las pronuncien
ni los míos las contesten.

Yo tal vez las adivino,
mas las olvido prudente ;
bórralas de tu memoria,
y que jamás las recuerde.

MARQ. Y entretanto la epidemia...

LEIVA. Puede saciarse inclemente
lo mismo en mí, que me burlo
de ella, que en tí, que la temes.

MARQ. ¿Y la guerra?...

LEIVA. Mas estragos
hace en mis armadas huestes,
que no en los pechos desnudos
de ciudadanos inermes.

MARQ. ¿Y el hambre?...

LEIVA. A todos alcanza ;

á todos su espada hiere.
Con un cuarto de ración
el soldado se mantiene,
y eso que sale á buscarla

á los contrarios cuarteles.
Con un cuarto de racion
vive, y vela, y manda el gefe...
Miradla.

ESCENA IX.

LEIVA, EL MARQUES, LOS ANCIANOS, Y CORREA, *que trae en un plato una copa de agua y un pedazo de pan negro.*

COR. Señor Antonio.

Pero... (*Viendo á los ancianos.*)

LEIVA. ¿Por qué retrocedes?

Acércate. Ved, señores,
como el general no miente.
Y hay ciudadanos que blanco
(*Dirigiéndose al marqués.*)
pan comen, que vino beben;
y es un sagrado sus casas,
un castillo sus paredes.

ANC. 1.º También hay otros, señor,
que ni ese pan...

LEIVA. ¿Quién?

ANC. 1.º Presente
está, quizás.

LEIVA. ¿Tú?

ANC. 1.º Yo.

LEIVA. Toma.

(*Presentándole el pan, el anciano rehusa.*)

¿Vacilas porque te ofrece
todo un general tan pobre
y poco régio banquete?

ANC. 1.º Señor...

LEIVA. ¿Será necesario
que una vez y otra te ruegue?

Toma. Señores, unidos

(*El anciano recibe el pan.*)

seguiremos siendo fuertes.

Decid que dentro del muro
no se verán los franceses.

ESCENA X.

LEIVA Y CORREA.

COR. ¡ Vive Dios! que la hemos hecho pronto y bien, por vida mia.

LEIVA. Pues yo estoy muy satisfecho, y me ha de hacer buen provecho esta copa de agua fria. (*La bebe.*)

Nunca negocio mejor hizo noble capitán; te lo juro por mi honor. He comprado un servidor por un pedazo de pan.

COR. ¿ Y toda esa gente honrada qué, con tan vivo interés, vino á pedir?...

LEIVA. Casi nada: que esta ciudad y esta espada (*Llevando la mano á su espada.*) entregára yo al francés.

COR. ¿ Leiva tal infamia oyó, si tal infamia pidieron, sin escarmentarlos?

LEIVA. No. Sus lábios no la dijeron, pero la adiviné yo.

Y tuve muy buen cuidado de que callasen su intento, ligeramente indicado; porque así me han evitado que haga un terrible escarmiento.

De la conclusion testigo has sido, y mucho me alegro. COR. Pues yo no: como lo digo. Hoy vale mas que un amigo un pedazo de pan negro.

Y mi cuarto de ración te juro que no daría...

LEIVA. Tienes muy buen corazón. (*Se oye rumor fuera.*) Escucha... Que confusión de voces. Que gritería.

COR. Voy... (*Dirigiéndose á la puerta.*)

LEIVA. Espera. (*Deteniéndolo.*)

COR. Mas allí

crece el rumor.

LEIVA. ¿De mugeres

no distingues gritos?

COR. Si.

LEIVA. Hernando, escucha...

COR. ¿Qué quieres?

LEIVA. Que no entre ninguna aquí. (*Váse Correa.*)

ESCENA XI.

LEIVA.

No quiero que me taladre
el corazon un gemido
de desconsolada madre,
de huérfana que ha perdido
su único apoyo, su padre.

No quiero apurar el vaso
de hiel y tósigo.

ESCENA XII.

LEIVA, DIANA, CORREA *que aparece un momento y se retira.*

COR. Ahora
no podeis hablarle.

DIAN. Paso
dejad á una dama.

COR. Acaso...

LEIVA. Retírate. Entrad, señora.

ESCENA XIII.

LEIVA Y DIANA.

DIAN. Noble señor, perdonad
(*Desde que comienza á hablar Diana empieza á in-*
mutarse Antonio de Leiva.)

- mi atrevimiento y porfia ,
grande y estraña en verdad ,
pero la ciudad me envía...
- LEIVA. ¿Que me quiere la ciudad?
DIAN. No vengo sola.
LEIVA. Lo sé:
DIAN. Una turba desolada
de tristes madres dejé,
y en su nombre os hablaré;
pues les cerraron la entrada.
- LEIVA. Señora... (Será ilusion.)
DIAN. En vuestra bondad confío
para hacer mi peticion.
LEIVA. (Me rebienta el corazon.
¿No es esa su voz , Dios mio?)
DIAN. Se que un corazon de hombre
se oculta bajo ese acero...
LEIVA. Si , señora... Y no os asombre
mi pregunta: ¿vuestro nombre
querreis decir?
- DIAN. Caballero .
es bastante conocido ,
y no he de poner reparo.
LEIVA. Os quedaré agradecido.
DIAN. Condesa de la Somaro
soy.
LEIVA. ¿Qué?
DIAN. ¿No me habeis oido?
LEIVA. Sí . Perdonad.
DIAN. A una voz
toda la ciudad pretende
que cese la lucha atroz ,
ya que la muerte veloz
los negros espacios hiende.
- LEIVA. (No hay duda ; su voz es esa.)
No hagáis mi súplica vana ,
porque mucho me interesa.
¿Queréis decirme , condesa ,
vuestro otro nombre?
- DIAN. Diana.
LEIVA. ¿Diana habeis dicho?
DIAN. Si... Pero . . .
¿Temblais?
LEIVA. Esperad un poco.
DIAN. Voy á llamar.

- LEIVA. No .. Prefiero
estar solo.
- DIAN. Caballero,
¿que teneis?
- LEIVA. (Me vuelvo loco.)
- DIAN. Estais convulso, turbado...
- LEIVA. Mi convulsion no os aflija.
(Es ella; no me he engañado.)
¿Del marques de Pontivado
vos sois, señora?...
- DIAN. La hija.
- LEIVA. ¿No me conocéis?
- DIAN. Señor.
- LEIVA. Cierto es que media un abismo
profundo entre nuestro amor.
- DIAN. ¿Sois Antonio el labrador,
príncipe de Ascoli?
- LEIVA. El mismo.
- DIAN. ¡Oh!
- LEIVA. ¿Diana?
- DIAN. ¿Antonio!
- LEIVA. Sí.
- DIAN. ¡Antonio!
- LEIVA. Llámame así.
Es tanto el placer que siento
que recobro en un momento
la ventura que perdí.
¿Pero eres tú? ¿No me engaño?
Han pasado, año por año,
veinte mortales sin verte,
y de un modo tan estraño
ahora nos une la suerte.
De tu voz la melodía,
que siempre, siempre, á mi oído
un eco fiel repetía,
te denunció, hermosa mía.
- DIAN. Y yo no te he conocido.
- LEIVA. Es que tu estás tan hermosa
como te ví en la enramada
de mi vergel, fresca rosa:
cada vez mas amorosa
y cada vez mas amada.
Mas yo que, loco de amores,
cantaba, gñtil renuevo,
mis delicias entre flores,

desesperado mancebo

corrí á buscar los furores

de la guerra; y en mi luto,

desapiadado guerrero,

daba á la muerte tributo,

hora agujiando mi bruto,

hora blandiendo mi acero.

Y con salvaje alegría

al bote mas rudo y fuerte

mi altivo pecho oponia;

y la muerte no venia

porque buscaba la muerte.

Mas del dolor, lo confieso,

no me libraron las mallas:

y asi en mi frente está impreso

de mi dolor el esceso,

con el sol de cien batallas.

DIAN.

Y tu escelsa gerarquia

publica bien cuanta gloria

tu ardiente espada adquiria.

LEIVA.

Si; porque me sonreia

tu imagen en la victoria.

Y combatiendo á tu lado

ansiaba mi corazon,

lo que la suerte me ha dado,

por cada batalla un grado,

por cada golpe un blason.

Pero no mas recordemos

ese pasado inclemente;

si lo presente tenemos,

el mal pasado olvidemos

por gozar el bien presente.

El tiempo triste pasó,

y aunque hemos comprado caro

el bien, al cabo llegó.

Diana, soy príncipe.

DIAN.

Y yo

Condesa de la Somaro.

LEIVA.

¿Y ese título...?

DIAN.

Publica

que un padre rico, avariento,

y de ilustre nacimiento,

casó á su heredera rica

con otro noble opulento.

LEIVA.

¡Casada!

- DIAN. Sí: por mi mal.
- LEIVA. Para que el blason ahora
de príncipe y general?
- DIAN. Siempre un destino fatal...
- LEIVA. Separémonos, señora.
¿Llorais?
- DIAN. Sí: porque me pesa
renovar antiguos daños
á quien tanto me interesa.
- LEIVA. Separémonos, condesa,
como hace veinte y dos años.
- DIAN. Leiva, hasta la eternidad.
(*Acercándose á la puerta.*)
- LEIVA. Diana... Guardaos Dios, señora. (*Despidiéndola.*)
- DIAN. Olvidaba, perdonad. (*Volviendo*)
que aqui soy la embajadora
de una abatida ciudad.
Pide á sus males remedio,
y son muy terribles, pues
juzga de curarlos medio
que pongais fin al asedio...
entregándola al frances.
- Bien se que á vuestra bravura
será grande sacrificio;
pero en tanta desventura
conservareis la honra pura,
que no sufrirá perjuicio.
- No quiero, con la verdad,
trazar el cuadro sombrío
del hambre y la enfermedad:
lo conocéis, y confío...
- LEIVA. ¿Que entregaré la ciudad?
- DIAN. Se alza un lúgubre lamento
de aterradora agonía.
- LEIVA. Señora...
- DIAN. Aflijiros siento
¿respondeis á mi porfia?
- LEIVA. Oidme, señora, un momento.
La primera vez que os ví
dueña fuisteis de mi amor,
y lo matasteis: corri
tras de la gloria, y aqui
quereis matarme mi honor.
Oh! terrible cosa fuera:
la adivino y no la creo;

si el amor la vez primera
perdí, que el honor perdiera
la segunda vez que os veo.

Pero no importa.

DIAN.

Señor.

LEIVA.

Respetemos el arcano.

Como en un tiempo un amor,
ahora pongo en vuestra mano,
condesa, gloria y honor.

Matadlos sin compasion.

No vacileis.

DIAN.

No vacilo.

Tomo una resolucion
que me dicta el corazon,
y podeis estar tranquilo.

Para un renombre alcanzar
tú, soldado de fortuna,
has sabido pelear;

y tu mismo te has de dar
lo que no te dió la cuna.

Por mas pesada que sea
la carga sobre tus hombros,
resiste siempre, pelea;
aunque yo la ciudad vea
hecha cenizas y escombros.

No te rindas á dolor
nuestro; morir ó vencer
con indomable valor
es lo que manda el honor:
es lo que debes hacer.

En el muro ó en el llano
no perdones la fatiga:
no des reposo á la mano:
blande siempre el hierro insano...

LEIVA.

¡Diana!

DIAN.

Adios. (*Váse.*)

LEIVA.

Dios te bendiga.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del anterior.

ESCENA I.

CORREA, *que sale por la puerta de la derecha*, y VELAZQUEZ
que entra por la del fondo.

COR. Bien venido, capitan.

VELAZQ. ¿Cómo el sargento se halla?

COR. Como puede hallarse un hombre
de mis años y mi facha.

Bien, siempre que el bronce ruge,
bien, cuando silvan las balas;
pues, ¡vive Dios! que me asusta
morir tendido en la cama.

¿Pero en la mano trais,
si mal no he visto, una carta?

VELAZQ. Es cierto; y ante un soldado
que toda la confianza
del gobernador merece

inutil juzgué guardarla :
porque este papel encierra
un secreto de importancia.

COR.

¿Estais seguro ?

VELAZQ.

Seguro :

y sino juzga. Yo estaba
tirando á la espada prieta
en nuestro cuerpo de guardia,
y entró un soldado á llamarme
por encargo de una dama.

A tal aviso dejé

á mis contrarios las armas ;

y apenas salí, se vino

á mi encuentro una tapada

« ¿ Sois el capitan Velazquez ? »

me preguntó : y rebelaban

la agitacion de su pecho

sus balbucientes palabras.

« El mismo », la respondí.

« ¿ Y, si no miente la fama,

» sois honrado, caballero,

» y os tiene en estima alta

» el general ? » Insistió.

« Mi estirpe es bastante clara,

» y al general pertenecen

» mi corazon y mi espada. »

La respondí. « Pues tomad,
(repuso, vertiendo lágrimas.)

» este billete, que á Leiva

» entregareis sin tardanza. »

Se lo juré por mi honor,

y, volviéndome la espalda,

se alejó de mí diciendo :

« Si bien cumplis Dios os valga. »

« Amen » murmuré ; y sin mas

me tienes en esta cámara,

dispuesto á cumplir fielmente

la misteriosa demanda ;

cuando vuelva el general

de recorrer las murallas.

COR.

Capitan, benita historia,

y ademas muy bien contada :

¿ Pero no pudisteis ver

á la incógnita la cara ?

VELAZQ.

No.

- COR.** ¿Ni un carrillo siquiera !
VELAZQ. Ni la nariz.
COR. Pues fue lástima.
Y, bien pensado, qué cosas
á los generales pasan.
Por eso yo, algunas veces,
me querello de mi mala
fortuna, que de sargento
ni me sube ni me baja ;
en tanto que á otros soldados
á mucha altura levanta,
si es por bien, y si por mal
de aqueste mundo los saca.
- VELAZQ.** Como ha de ser.
COR. **A propósito :**
aunque me alegro, me pasma
ver á Leiva, á quien muy niño
arranqué yo de su casa,
para poner en sus manos
un escudo y una lanza
de soldado, siendo yo
sargento, como se halla
de general, y compite
con el marqués de Pescara ;
mientras yo, siempre sargento...
- VELAZQ.** Eso se explica por varias
razones que, en mi opinion,
el buen sargento no alcanza.
Cada cual para su cosa
nace, y, por mas que se afana,
el que nació para cobre
jamás se convierte en plata.
- COR.** ¿Yo nació?...
VELAZQ. Para sargento
COR. ¿Pues, dígame, en las batallas
no me porto bien? ¿no doy
cintarazos y estocadas
como el que mas? ¿no sacudo
cada mandoble que canta
el credo? ¿no tengo?...
- VELAZQ.** Manos.
COR. ¿Pues entonces qué me falta?
VELAZQ. Cabeza.
COR. Teneis razon.
El general me aventaja

en discurso; no le aturden
las críticas circunstancias;
y en los sangrientos combates
ordena, acuchilla y manda
con un corazon heróico
y una imperturbable calma.
Teneis razon; él nació
para servir al monarca
con el brazo y la cabeza,
y yo con las manos.

VELAZQ.

Bastan

para cumplir su deber
á quien bien sabe emplearlas.

COR.

¿Y yó, que tal?

VELAZQ.

Bien, Hernando.

COR.

Pues entonces guerra á Francia.
Lo que no dé de consejos
lo daré de cuchilladas.

ESCENA II.

CORREA, VELAZQUEZ, LEIVA, un PARLAMENTARIO, y algunos oficiales.

LEIVA. Os agradezco, señores, (*A los oficiales.*)

vuestra celosa eficacia,
á la que debe no poco
el estado de la plaza;
y á nombre del soberano
os doy por ella las gracias.
Siento mucho separarme
de tan buenos camaradas;
mas del noble mensajero
úrjeme escuchar las pláticas,
y saber lo que propone
á un gobernador de España.
(*Empiezan á salir los oficiales.*)

VELAZQ.

Señor. (*A parte á Leiva.*)

LEIVA.

Capitan. (*Lo mismo.*)

VELAZQ.

Tomad

este papel, que una dama
puso en mi mano, y leedlo;
pues si las señas no engañan
es importante.

LEIVA. Lo haré. (*Guardando el pliego.*)
COR. ¿Tienes qué mandarme?
LEIVA. Nada.
(*Vánse por el foro Correa y Velazquez.*)

ESCENA III.

LEIVA y el PARLAMENTARIO.

PARL. De la cruda guerra el vario. .
LEIVA. Para abrir el Parlamento,
dignese tomar asiento
el señor Parlamentario.
(*Leiva cae desplomado en un sillal, procurando ocul-
tar su fatiga.*)
Ahora diga en buena ley,
y á nombre del Rey cristiano,
qué quiere del castellano
Antonio de Leiva, el Rey,
PARL. Os ama el Rey mi señor
por valiente y caballero.
LEIVA. Por ambas cosas le quiero,
y pago así su favor.
PARL. Conoce que á vuestra audacia
y belicoso ardimiento
igualá vuestro talento.
LEIVA. Su magestad me hace gracia.
PARL. Sabe que á vuestra pericia
supera vuestra lealtad.
LEIVA. En eso su magestad
no me hace mas que justicia.
PARL. Juzga que, capitan sabio,
por una perdida causa
mas no combatireis.
LEIVA. Pausa;
que en eso el Rey me hace agravio.
PARL. Que, cuatro meses de cerco
rendir pueden la constancia
de....
LEIVA. No sabe el Rey de Francia
que soy riojano y muy terco.
PARL. Basta á honrar vuestra memoria
esta defensa.
LEIVA. Con todo,

yo lo miro de otro modo
y quiero ganar mas gloria.
¿Si resistí cuatro meses
solo, he de volver la cara
cuando el marqués de Pescara
sitiando está á los franceses?

PARL. Con ejército el Rey cuenta
bastante á imponer castigo
á tan osado enemigo.

LEIVA. ¿Y por qué no lo escarmienta?

Mas, si lo teneis á bien,
sin ambajes ni reparo
decidme claro, muy claro,
á qué venis y por quién.

PARL. El monarca generoso,
y á vuestro esfuerzo rendido,
os propone un buen partido;
muy aceptable y honroso.

LEIVA. Esplicádmelo: si es
de tan buenas condiciones
que un español las razones
pueda escuchar de un francés.

PARL. El Rey, á otro capitán
de mas dudosa hidalguía,
grandes promesas haría
de oro, honores...

LEIVA. ¡Por san Juan!

Que no sigais con tan raras
palabras, pues, aunque inciertas,
si promesas encubiertas,
parecen ofensas claras.

Proseguid.

PARL. Sabe que en vos
mella de temor no labra
ni el golpe ni la palabra.

LEIVA. Bien me conoce, por Dios.

PARL. Mas sabe que sois honrado,
y que, por falsa lealtad,
no vereis una ciudad
perecer.

LEIVA. Se ha equivocado.

Seguid.

PARL. Por cuya razon,
si nos dejais esta tierra,
los honores de la guerra

concede á la guarnicion:

Que, banderas desplegadas,
cruzará nuestras trincheras.

LEIVA. ¿Y qué hará de sus banderas
llevándolas deshonradas?

PARL. Resistencia tan tenaz
honra su heróico valor.

LEIVA. Yo las cuestiones de honor
miro por distinta faz.

Y pues, no vale el ardid,
tiempo y palabras perdemos,
porque no nos entendemos,
al Rey de Francia decid:

Que defendiendo la ciudad...

ESCENA IV.

LEIVA, el PARLAMENTARIO y VELAZQUEZ.

VELAZQ. General.

LEIVA. Sin mi permiso
interrumpís.

VELAZQ. Es preciso
que os hable.

LEIVA. Disimulad. (*Al parlamentario.*)

¿Qué ha sucedido? (*Aparte á Velazquez.*)

VELAZQ. En tropel. (*Idem.*)

los tudescos se aproximan.

LEIVA. ¿En tan poco su honra estiman? (*Idem.*)

VELAZQ. Vienen con su coronel (*Idem.*)

á la cabeza.

LEIVA. Un momento, (*Al parlamento.*)

por un negocio de urgencia,
tendréis la condescendencia
de pasar á otro aposento.

PARL. Así lo haré.

LEIVA. Capitan,
haréisle allí compañía.

Llevalo lejos. Mal dia (*Aparte á Velazquez.*)
los tudescos nos darán.

ESCENA V.

LEIVA.

¡Por Santiago, mi patron!
¿Pretenden los alemanes
dar al traste con mis planes?
¿Será codicia ó traicion?
¿Hoy Dios, que me protegía,
su clemencia de mi aparta?... (Pausa.)
Velazquez me dió una carta...
Quizá el cielo me la envía.
(Saca la carta, rompe el nema y lee.)

« Leiva, vive sobre aviso.
» Hace á tu causa traicion
» un tudesco, y la ocasion
» espera. Vela, es preciso. »
¿Un tudesco? Este papel
adrede oculta su nombre:
mas ya conozco mi hombre;
es sin duda el Coronel.

Que venga. Cuanto deseo
verlo; pues es cosa clara
que la traicion en su cara,
si es traidor, al punto leo.

Y el traidor tudesco tiene
de fijo, mala ventura,
si me dice la lectura
su traicion. Pero aquí viene.

ESCENA VI.

LEIVA, el CORONEL y algunos soldados tudescos, que se
quedan agrupados á la puerta.

CORON. Mi general. (Deteniéndose en la puerta.)

LEIVA. Coronel,
¿por qué deteneis el paso?
¿Tiembra mi palacio acaso
y hundiros temeis con él? (El Coronel entra.)

Tambien os pueden seguir
vuestros soldados. ¿Dudais?
(A los soldados que entran pausadamente.)
¿Y vos, Coronel, no hablais?
¿A qué vienen?

CORON. A pedir
la paga y racion entera.

LEIVA. Piden en buena ocasion.
He resuelto una racion
dar mañana... en la trinchera.
Y allí veré, por mi vida,
despues de este bravo alarde,
si hay quien se quede cobarde
sin una racion cumplida.

CORON. Todos saben pelear,
pero antes, y será breve,
la paga que se les debe
quieren, señor, alcanzar.

LEIVA. Y la piden en tropel
con bien descompuestos modos.

SOLDA. ¡La paga!

LEIVA. Silencio todos.
Que hable vuestro Coronel.

CORON. La paga quieren, y ahora.

LEIVA. Pues es un fuerte embarazo.
¿No me concedeis un plazo?

CORON. Concedemos una hora.

LEIVA. Nada mas.

CORON. Nada mas.

LEIVA. Corto

me parece; sin embargo,
ya que no le dais mas largo,
vereis como en él me porto.

Ahora alejaos de aquí. (A los soldados.)

CORON. A la puerta esperarán.

LEIVA. ¿Por qué mas lejos no van?

CORON. Porque estarán bien allí.

LEIVA. Bajad pues. Esperad vos.

(Los soldados empiezan á bajar, el Coronel vá á re-
unirse con ellos y Leiva lo detiene.)

CORON. Debo seguirlos.

LEIVA. Paciencia.

Una corta conferencia
vamos á tener los dos. (Cerrando la puerta.)

ESCENA VII.

LEIVA y el CORONEL.

- CORON. ¿Me violentais?
LEIVA. No lo sé;
mas lo que si os aseguro
es, que en un plazo muy breve
tenemos que arreglar mucho.
- CORON. En otra ocasion...
LEIVA. Callad.
Ahora mando, no pregunto;
pronto pediré respuestas,
aunque no largos discursos.
Escuchadme. Bien sabeis
que está la ciudad en sumo
peligro.
- CORON. Lo sé.
LEIVA. Que apenas
bastan mi esfuerzo y mi influjo
para rechazar asaltos
y ahogar civiles disturbios.
- CORON. Lo sé.
LEIVA. Sabeis que mi gloria
puede convertirse en humo,
si cuatro meses de afanes
se pierden en un segundo.
- CORON. Lo sé.
LEIVA. Que un Parlamentario
está dentro de los muros
sabeis tambien.
- CORON. Sí.
LEIVA. ¿Y ahora,
acaudillando un tumulto,
representais al francés
de la discordia el conjunto?
- CORON. Vengo á pedir.
LEIVA. ¿Pan y paga?
Coronel, el disimulo
es inútil; la traicion
en vuestros ojos descubro.
Aquí venis á ganar

- algun puñado de escudos del francés, y de mi honra á ser pérfido verdugo.
- CORON. General.
- LEIVA. Silencio. Oidme con suma atencion.
- CORON. Escucho.
- LEIVA. Aunque arrogante y alegre entre las filas discurro, y de la hueste enemiga, provocándola, me burlo; la tengo miedo...
- CORON. ¿Si?
- LEIVA. Miedo. Sus soldados uno á uno cuento, y son setenta mil los que amedrentado sumo. Despues miro de mis tropas los rostros pálidos, místios, y débiles los que fueron vigorosos y robustos. Si la muralla recorro, mi triunfal marcha interrumpo ante las brechas que mal á mi sitiador oculto. En una palabra, temo, estoy débil, moribundo, y vos lo sabeis ahora, porque yo mismo os lo anuncio.
- CORON. Capitular.
- LEIVA. No; no es eso, Coronel, lo que yo busco.
- CORON. No comprendo.
- LEIVA. Deposito en el alma de un perjuro secretos, que á los leales reservo.
- CORON. ¿Y qué?
- LEIVA. Poco ducho estais.
- CORON. ¿Pues qué?...
- LEIVA. Mi secreto os dije, porque á ninguno podreis venderlo...
- CORON. ¿Pensais

- asesinarme?
LEIVA. No uso el puñal, pero sí pienso mataros.
- CORON. ¿Matarme?
LEIVA. Justo.
Y os he de hacer el honor, que no mereceis, lo juro, de daros muerte en secreto con mi espada y con mi puño.
- CORON. ¿Cuerpo á cuerpo?
LEIVA. Y brazo á brazo.
CORON. General, entonces dudo que triunfeis.
- LEIVA. Poco me importa como aqui quede un difunto.
- CORON. ¿Si moris?...
LEIVA. No ha de pedirme cuentas mi Rey; mas si triunfo, la vida de la ciudad hallaré en vuestro sepulcro.
- CORON. ¿Y si los tudescos piden su Coronel?
LEIVA. Yo no dudo que dándoles un cadáver queden contentos. Al punto en guardia. (*Sacando la espada.*)
- CORON. En guardia. (*Idem.*)
LEIVA. Con brio, que tengo pocos minutos.
- CORON. Ésta al corazon. (*Tirando una estocada.*)
LEIVA. La paro, (*Parándola y contestándola.*) esta á fondo.
- CORON. ¡Ay!
(*Vacila, deja caer la espada, se sostiene un momento en la puerta de la izquierda y cae.*)
- LEIVA. Cayó. Rudo fué el golpe. Coronel. Muerto está. Un papel. Bien el público (*Leiva se aproxima al herido, le abre la ropa para descubrirle la herida y le saca un papel que empieza á leer.*) testimonio de su infamia. Lo entraré aquí. Ya seguro estoy. ¿Si dirá la historia

que le asesiné? No huyo
su juicio, poco me importa.
(Guarda el papel sin acabar de leerlo, y arrastra al
muerto fuera de la escena.)
Sepa yo que mi honor puro
está: con ello me basta;
diga lo que quiera el mundo.
(Abre la puerta del fondo, despues la de la izquierda
y llama.)

ESCENA VIII.

LEIVA, VELAZQUEZ y el PARLAMENTARIO.

LEIVA. Señores, salid. De nuevo. (Al parlamentario.)
Esta interrupcion disculpo,
y para evitarlas voy
á terminar nuestro asunto.
Decid á su Magestad
que pudiera con orgullo,
por lo muy poco que valgo,
oir la opinion que le plugo
formar de mí; que respeto...
¿ Pero quién entra?

ESCENA IX.

LEIVA, VELAZQUEZ, PARLAMENTARIO, CORREA y dos soldados
españoles que traen un escudo cubierto con una bandera, y se
quedan en la puerta.

COR. Yo soy;
y pues con tiempo aquí estoy
queda cumplido mi objeto.

LEIVA. ¿ A qué vienes?

COR. No te asombre.

Al español represento,
y de plática un momento
vengo á pedir en su nombre.

PARL. Me retiraré...

LEIVA. A salir
esta audiencia no os obliga.

Cuanto un español me diga
podeis, caballero, oír.

Hablad, Hernando. (A Correa.)

COR. Han sabido

los hispanos escuadrones,
que á pedir paga y raciones
los tudescos han venido.

(movimiento de alegría del parlamentario.)

LEIVA. Es verdad. Y para ahorraros (Al parlamentario.)
semejante impertinencia
corté nuestra conferencia.

Sigue. (A Correa.)

COR. Sin poner reparos

á tan generosos planes,

dice el soldado español,

que el derecho, mas que el sol

claro, es de los alemanes.

LEIVA. ¿Eso dice?

COR. Si; y sostiene

que, por la mar y la tierra,

ha de comer de la guerra

quien á hacer la guerra viene.

Y puesto que has de aumentar

al alemán su tesoro,

y que has de repartir oro...

PARL. ¿El español viene?...

LEIVA. A dar.

COR. Es claro. ¿A qué ha de venir?

Sobrado de plata está,

y quien tiene que dar dá

á quien tiene que pedir.

Entrad, soldados. Levante (Entran los soldados.)

el señor parlamentario

ese morado sudario.

PARL. ; Oro! (Levanta la bandera.)

COR. No hay por que se espante,

Ni gran mérito la obra

tiene; pues los castellanos

solo dan á sus hermanos

la riqueza que les sobra.

PARL. Doblas, joyas. (Moviendo el oro.)

COR. Caballero...

(Queriéndole impedir que vea mas hondo.)

PARL. Embutidos de armadura

COR. Es porque va mas segura

- la vida bajo el acero.
- LEIVA. ¿Y no te han acompañado
mas soldados?
- COR. ¿Para qué?
Sabén que yo cumpliré
su mision como hombre honrado.
Y olvidé otra pretension,
que por mi lábio te anuncian.
Desde mañana renuncian
A su cuarto de racion.
- LEIVA. ¿Y quieren?...
COR. Tenerla entera.
Y vos sereis buen testigo; (*Al Parlamentario.*)
porque van del enemigo
á buscarla en la trinchera.
- VELAZQ. Bien hablado. ¡Vive Cristo!
(*Llegándose á Correa.*)
- COR. No vamos mal en la fiesta. (*A Velazquez.*)
- LEIVA. Al Rey, por toda respuesta
contareis lo que habeis visto.
(*Al Parlamentario que va á salir y se detiene al
oir ruido fuera.*)
- PARL. ¿Y los gritos, conque ahora
manifiesta su codicia
vuestra tudesca milicia?
- LEIVA. (Se habrá cumplido la hora.)
Esperad. (*Al Parlamentario.*)
- PARL. Esperaré.
- LEIVA. Lleva ese escudo; y con arte (*A Correa.*)
su contenido reparte
á los tudescos.
- COR. Lo haré. (*Se va con los soldados.*)
- LEIVA. Entra en esa habitacion, (*A Velazquez.*)
y, anunciándolo tres veces,
lo primero en que tropieces
arroja por el balcon.
(*Váse Velazquez por la derecha.*)

ESCENA X.

LEIVA y el PARLAMENTARIO. *Anochece.*

PARL. Sujeto á peligros varios
estais.

LEIVA. Os parece así,

porque lo que veis aquí
no ven los parlamentarios.

Por lo demas, no me pesa (*Cesan los gritos.*)
que sepais cuanto habeis visto;

porque al cabo yo resisto
y he de salir con mi empresa.

De la tudesca legion

acabó la gritería,
como yo lo preveia.

ESCENA XI.

LEIVA, el PARLAMENTARIO y VELAZQUEZ.

LEIVA. ¿Lo echasteis por el balcon?

VELAZQ. Dí tres gritos.

LEIVA. ¿Y despues?

VELAZQ. Lo arrojé con calma y brio.

PARL. ¿Y qué era?

LEIVA. El cadáver frio
de un partidario francés.

De un coronel aleman
que conspiraba vilmente.

¿Y qué decia su gente
cuando lo vió, capitan?

VELAZQ. Corrieron con alegría,
haciéndome mil saludos,
á recibir los escudos
que Hernando les repartía.

PARL. ¿Y le matasteis vos? (*A Leiva.*)

LEIVA. Si.

Aunque traidor y villano,
le dí muerte por mi mano
mientras estabais allí
Dejé la cuenta arreglada

como cumple á un caballero.
Tinto en sangre está mi acero, (*Desnuda el acero.*)
y allí, en el suelo, su espada.

A vuestro campo marchad,
y mientras á nueva lid
llegamos, al rey decid
cómo queda la ciudad.

ESCENA XII.

LEIVA, *el* PARLAMENTARIO, VELAZQUEZ *y* CORREA *azorado.*

LEIVA. ¿Acabaste ya?

COR. Acabé
con la tudesca milicia.
Pero traigo una noticia. (*A parte á Leiva.*)

LEIVA. Dimela, y recio.

COR. Hablaré.
Me acaban de noticiar,
y es muy justo que lo entiendas,
que están quemando las tiendas
del campamento auxiliar.

LEIVA. ¿Quién lo ha visto?

COR. Desde el muro.

LEIVA. Pues entonces cosa es clara
que no estaba allí Pescara
ni cómodo ni seguro.

PARL. Sin socorro...

LEIVA. Capitan,
para formales procesos,
quiero que me pongais presos
á todos los que aquí están.
(*Dándole el papel que traía el Coronel. Váse Ve-*
lazquez.)

ESCENA XIII.

LEIVA, *el* PARLAMENTARIO *y* CORREA.

PARL. Reflexionad un momento
que una loca resistencia...

LEIVA. Va acabando mi paciencia...
Y se acabó el parlamento.

Al Rey de Francia contad,
ya que lo habeis presenciado,
las discordias, y el estado
horrible de la ciudad.

Id con los ojos abiertos.
Ved nuestras flacas murallas,
y bajo brillantes mallas
los soldados de hambre muertos.

Mas añadid, pues conviene
que el rey cristiano lo entienda,
que á buscarlo iré á su tienda
mañana si aqui no viene.

Que toda réplica es vana
desde hoy mas entre los dos.
Id, caballero, con Dios. (*Tendiéndole la mano.*)

PARL. El os guarde. (*Estrechándose la.*)
LEIVA. Hasta mañana.

ESCENA XIV.

LEIVA y CORREA.

COR. ¿Piensas cumplir la promesa
que acabas de hacer?

LEIVA. Sin duda:
y si Santiago me ayuda
he de salir con mi empresa.

Mas no puedo resistir
tantos lúgubres gemidos.
Me atormentan los oidos.
Quiero vencer ó morir.

Me acosan unos y otros,
y, aunque parece mentira,
¿si Pescara se retira
que haremos aqui nosotros?

Fuera prudencia y temores.
Mañana acaba el afan.
Guerra á muerte. ¿Capitan?..

ESCENA XV.

LEIVA, CORREA y VELAZQUEZ.

VELAZQ. Ya están presos los traidores.

LEIVA. ¿Todos?

VELAZQ. Todos. (*Dándole la lista.*)

LEIVA. Sí. Veré (*Tomándola.*)

quienes son, y no os asombre,
los presos nombre por nombre.

COR. ¿No lo sabías?

LEIVA. No á fé. (*Lee para sí.*)

(Uno y otro. ¡Cielo santo!)

¿Están todos presos?

VELAZQ. Sí.

COR. ¿Qué tienes?

LEIVA. Nada. (Leo aquí
nombres que me dan espanto.)

(Es preciso un escarmiento
hacer pronto é imparcial.)

Velazquez, el tribunal
de guerra reúne al momento.

Que con celeridad grande,
cual la ley de la milicia
requiere, falle en justicia,
y ejecute lo que mande. (*Velazquez vá á salir.*)

Espera. Tambien prepara
tus soldados, capitan;
porque mañana verán
al enemigo la cara.

Nueva corona de gloria
conquiste al lucir el sol
cada soldado español,
con la muerte ó la victoria.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ESCRITA Y...

FECHA...

Y ELAJO. En esta parte...

LEVA. ; Toda...

VELAZO. ; Toda...

LEVA. ; Toda...

COB. ; Toda...

LEVA. ; Toda...

VELAZO. ; Toda...

COB. ; Toda...

LEVA. ; Toda...

VELAZO. ; Toda...

COB. ; Toda...

LEVA. ; Toda...

VELAZO. ; Toda...

COB. ; Toda...

LEVA. ; Toda...

VELAZO. ; Toda...

COB. ; Toda...

LEVA. ; Toda...

VELAZO. ; Toda...

COB. ; Toda...

LEVA. ; Toda...

VELAZO. ; Toda...

COB. ; Toda...

LEVA. ; Toda...

VELAZO. ; Toda...

COB. ; Toda...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

La decoracion de los anteriores, alumbrada por dos candelabros, cuyas velas están próximas á extinguirse.

ESCENA I.

DIANA sentada en un sitial.

Qué ansiedad... Arde mi frente...
No se disipan las sombras,
y con torpe pie se arrastran
pesadamente las horas.
A esta cámara por fin
logré llegar : ¿ mas qué importa
mi logro, si en ella quedo
triste, y angustiada y sola ? (*Pausa.*)

No es tósigo que la vida
va royendo gota á gota,
es una espada, que hiere,
mi insoportable zozobra.
En vano mi pecho lanza
las quejas mas lastimosas,
porque están estas paredes
á mis tristes quejas sordas.
Este silencio me abruma
como una sepuleral losa,
y el aire que aqui respiro
no me reanima, me ahoga. (*Se levanta.*)
Qué afan; qué noche tan larga.
No puede tardar la aurora,
y con todo ni un pie humano
se arrastra sobre esta alfombra.
¿Cómo dormirán? Sin duda
tienen el alma de roca
pues hallan reposo cuando
muchos infelices lloran. (*Pausa.*)
¿Mas qué ruido? De esa puerta
(*Señalándo la de la derecha.*)
miro entreabrirse las hojas...
¡Un hombre!.. ¡Gracias, Dios mio!
¡Yo te doy gracias!

ESCENA II.

DIANA y CORREA armado de infante.

COR. Señora...

DIAN. No os asombre mi presencia;
no con la mirada torba
rechaceis á una infeliz
que vuestro socorro implora.

COR. Hablad sin temor.
DIAN. Deseo,
y os lo suplico llorosa,
ver al general.

COR. Mas tarde.
DIAN. Necesito verlo ahora.

- COR.** Es imposible.
- DIAN.** ¿Imposible?
Mas que la vida y la honra
me va en ello. ¿Lo entendéis?
Si late bajo esa cota
un corazón, si buen alma
os dió la misericordia
de Dios, prestad un consuelo
á mi asesina congoja.
- COR.** Dios me ha dado un alma buena;
vuestros gemidos me agovian,
y lágrimas á mis ojos
dan vuestras pupilas rojas;
mas no puedo hacer que Leiva
en este momento os oiga.
- DIAN.** ¿Está durmiendo? Si duerme
despertadlo, que muy cortas
serán mis razones: luego
podrá dormir.
- COR.** No reposa.
- DIAN.** Si militares cuidados
tiempo y atención le roban,
muy poco puede quitarle
una frase de mi boca.
Vamos.
- COR.** No puedo.
- DIAN.** Os daré
oro y riquisimas joyas.
- COR.** Tal ofensa un hombre honrado
á vuestro dolor perdona;
mas no se vende un sargento
de la milicia española.
- DIAN.** Teneis razon. De mi ofensa
no hagais caso... Yo estoy loca.
Os suplico por la vida
de vuestra madre.
- COR.** En la gloria
está.
- DIAN.** ¿Teneis hijos?
- COR.** No.
- DIAN.** ¿Tendreis una casta esposa?
- COR.** Tampoco. Nací soldado
y á un soldado no acomodan
esos diges.
- DIAN.** ¿Venerais

la sacrosanta memoria
de vuestra madre?

COR. Eso sí;
y diera mi sangre toda
por honrarla en este mundo.

DIAN. Por ella os ruego; se gozan
las almas de nuestras madres
cuando sus hijos las honran.
Vamos.

COR. Salió el general (*Balbucente.*)
á media noche, y aun ronda.

DIAN. ¿Dónde estará?

COR. En la muralla.

DIAN. Voy... Pero no... Tengo poca
fé en lo que habláis, y recelo
que me alejais con hipócrita
compasion, para que Leiva
no me encuentre aqui. No otras
razones teneis... Mirad:
no puedo en tan angustiada
incertidumbre un momento
mas vivir. Si con traidora
intencion de este recinto
me alejais; si la deshonra
vuestra, mintiendo, labrais,
haga Dios que caiga toda
la sangre sobre la frente
del que mi designio estorba.
Adios.

COR. Deteneos.

DIAN. Mentias. (*Con desprecio.*)

COR. Mirad.

(*Señalando la puerta de la derecha, en la cual aparece Leiva completamente armado y con la bandera que sirvió en el prólogo, la cual entrega á Correa, que se va por el fondo.*)

ESCENA III.

DIANA, y LEIVA.

- DIAN. ¡Principe! (*Adelantándose.*)
LEIVA. Señora.
(*Intentando cruzar la escena.*)
DIAN. ¿A dó vais?
LEIVA. A do me llama
mi mas sagrado deber.
DIAN. No sin antes responder
á los ruegos de una dama.
LEIVA. Mi impaciencia perdonad,
y no la juzgueis ofensa;
marcho, porque la defensa
me llama de la ciudad.
DIAN. Aquí os detendrá el clamor
de una muger aflijida,
que vé en peligro la vida
de su buen padre, señor.
Aquí os detendrá el gemido,
y la súplica piadosa,
de una desgraciada esposa
que pide por su marido.
Y aquí las quejas estrañas
y un dolor, el mas prolijo,
de madre que por el hijo
os pide de sus entrañas.
Estos tres grandes dolores
os detendrán: bien lo veo.
LEIVA. ¿Y qué quereis?
DIAN. ¿Qué deseo?
el perdon de tres... traidores.
LEIVA. A un tribunal sometida
está, señora, su suerte.
DIAN. Podrá imponerles la muerte,
y vos les dareis la vida.
Sin comprender su desgracia,
dura ley de la milicia,
hará el tribunal justicia,

pero vos les hareis gracia. (*Pausa.*)

¿Por qué callais? ¿Por qué el llanto
no restañais de mis ojos?

¿Os dan por ventura enojos
mis súplicas y quebranto?

(*Leiva hace ademán de irse.*)

¿Os marchais? De una muger
calmad las congojas fieras.

LEIVA. Voy, señora, á las trincheras,
á triunfar ó perecer.

DIAN. Yo no os dejaré salir
si antes no me prometéis
que á los tres perdonareis.

LEIVA. No sé, señora, mentir,

DIAN. ¿No los perdonareis? Nuevo
dolor haced que taladre
mi corazón. ¿A mi padre
no salvais?

LEIVA. Mucho le debo.

Un dolor y una memoria,
condesa, que no han podido
sepultar en el olvido
veinte y dos años de gloria.

El destruyó mi esperanza:
envenenó mi destino:

se atravesó en mi camino...

DIAN. Y hoy cumplis vuestra venganza.

En vez de tanta grandeza
mostrar, que se busque en vano
comparación, de un anciano
pisais la noble cabeza...

Imposible. Al cielo plugo
daros un corazón grande;
y, aunque el tribunal lo mande,
no hará justicia el verdugo.

¿Gracia, señor! Generoso
ser, cual siempre; os corresponde
salvad la vida del conde.

LEIVA. ¿También por él?...

DIAN. Es mi esposo.

LEIVA. Ese título...

DIAN. Los cielos
santificaron: y ahora
ese título...

LEIVA. Señora,

no alimenteis mas mis celos.

Pude sufrir y callar
antes : pero ya rebienta
en mi pecho la tormenta,
como en los antros del mar.

Y á fuerza de padecer...

DIAN. Sereis mas grande, señor.

LEIVA. Mucho os inspira el amor.

DIAN. Mucho me manda el deber.

Perdonadme, si os aflijo:
y aunque mal mi ruego os cuadre,
tendreis piedad de una madre
que os suplica por su hijo.

En jamás os ofendió
y las prisiones le oprimen.

LEIVA. En ser hijo lleva el crimen
de quien la vida le dió.

DIAN. ¿Y por ello castigado
será con muerte fatal?

LEIVA. Corresponde al tribunal
ejecutar lo fallado.

DIAN. ¿Y vos?

LEIVA. Perdonad, señora. (*Queriendo irse.*)

DIAN. Un momento. ¿Mi afliccion
no os inspira compasion?

LEIVA. Va despuntando la aurora.

DIAN. ¿Y qué me importa su luz!

LEIVA. Me llama el honor.

DIAN. A mí
la muerte me clava aquí.
Por el que murió en la cruz
perdon os pido y lo espero.

LEIVA. No puedo, señora.

DIAN. ¡Oh!

¿No podeis perdonar?

LEIVA. No.

DIAN. Escuchadme, caballero.

LEIVA. Considerad que esperando
está la hueste.

DIAN. No importa,
será la detencion corta.

Ya no suplico : ahora mando.

Jamás consentireis vos,
aunque mas traidores fueran,
que hijo, esposo, y padre mueran

de la que....

LEIVA. Callad, por Dios.

DIAN. De la que faltando infiel
á hijo, esposo y padre, un día
al defensor de Pavía
osó escribir un papel
denunciando una traicion.

LEIVA. ¿Vos?

DIAN. Al delator tenéis
presente, si os atreveis,
negadle, Leiva, el perdon.
Poco me importa la fama.
Yo misma publicaré
el crimen que perpetré
y el prémio. (*Suena un clarin.*)

LEIVA. El clarin me llama.

DIAN. ¿Y no me respondeis?

LEIVA. ¿Puedo

responderos? No.

DIAN. Me aterra

(*Suena segunda vez el clarin, y Leiva manifiesta su impaciencia.*)

vuestro silencio... A la guerra
id, que me estais dando miedo.

Saciad esa sed de gloria
que vá de la muerte en pos.
(*Alejándose de Leiva que se dirige á la puerta.*)

LEIVA. Señora, rogad á Dios... (*Parándose.*)

DIAN. ¿Qué? (*Acercándose á Leiva.*)

LEIVA. Que nos dé la victoria.

ESCENA IV.

DIANA, un momento despues el MARQUES y VELAZQUEZ.

DIAN. ¡La victoria!... No... Si el cielo
oye mi oracion devota,
te dará infame derrota;
porque tú das muerte y duelo.

En vano tu brazo fuerte
herirá con marcial brio.

- MARQ. Hija infeliz.
DIAN. ¡Padre mio!
¿A dónde vais?
MARQ. A la muerte.
DIAN. ¡Ay! (*Cae desplomada sobre un sitial.*)
MARQ. Hija mia.
VELAZQ. Condesa.
DIAN. Dejadme... ¿Y os acercais
vos, que imposible llevais
à los verdugos su presa?
Atrás. ¿Presenciar os toca (*Levantándose.*)
mi dolor y mis enojos?
¿No veis que lanzan mis ojos
rayos, y fuego mi boca?
Si para vos son festejos
los ayes de la agonía,
podeis presenciar la mia;
mas lejos de mí, muy lejos.
¿Dudais?
VELAZQ. No dudo, señora.
Aunque he crecido guerrero,
no es mi corazon de acero.
Quedais solos media hora.

ESCENA V.

DIANA y el MARQUES.

- DIAN. Perdonadme... Se alejó.
Pero asi el tiempo perdemos.
MARQ. ¿Y qué decirnos podemos?
¿Qué hacer?
DIAN. ¿Qué hacer?... Qué sé yo.
MARQ. Preso; condenado... Asi
nada puedo; nada valgo.
DIAN. Pues es preciso hacer algo.
MARQ. ¿Y por qué te encuentro aqui?
DIAN. Porque he venido á cansar
con súplicas repetidas
al hombre que vuestras vidas
puede... si quiere... salvar.

- MARQ. ¿Y nos perdona?
- DIAN. Señor.
- MARQ. Esa turbacion... Perdido
estoy.
- DIAN. ¿No habeis conocido?...
- MARQ. ¿A quién?...
- DIAN. Al gobernador.
- MARQ. No.
- DIAN. Bajo su rico traje...
Y esto aumenta mi congoja
el labrador de Rioja
está, que nos dió hospedaje.
- MARQ. ¿Imposible!
- DIAN. Con un alma
altiva, arrogante, fiera,
tras la militar bandera
ganó la guerrera palma.
Tan sabio como leal
y valiente, el soberano
puso en su sangrienta mano
un baston de general.
Porque bien su frente tenga
de príncipe la corona.
- MARQ. ¿El general nos perdona?
- DIAN. El labrador hoy se venga.
Humillasteis imprudente
la altivez de un castellano;
y por pisar un gusano
pisasteis una serpiente.
Llorando me vió á sus pies.
- MARQ. ¿Y no te dió una esperanza?
- DIAN. No.
- MARQ. Su terrible venganza
cae á un tiempo sobre los tres:
Llorar te verá y sufrir,
huérfana á un tiempo, viuda
y sin hijo, la mas cruda...
DIAN. Mi hijo no puede morir.
- MARQ. Condenado está.
- DIAN. No es cierto.
Si condenado estuviera,
antes de saberlo, hubiera
su madre de dolor muerto.
Padre, os engañais de fijo.
El dolor engaña á veces.

No son tan fieros los jueces
que asesinen á mi hijo.

Mas no son los jueces, no,
los que lo asesinan ¡cielo!
lo mata su propio abuelo:
lo mata su padre... ¡Oh!

¿Por qué á planes tan estraños,
vos cargado de esperiencia,
inclinásteis su inocencia;
sus tiernos diez y ocho años?

¿Por qué su padre? ¡Qué horror!
¿Por qué su anciano padre
lo separó de su madre,
para enseñarlo á traidor?

Es preciso que suplique;
que derrame mis riquezas.
Cercenen vuestras cabezas
pero no la de mi Enrique.

Mi padre y mi esposo son
criminales... Desvario.

¡Perdon, perdon, padre mio!
Me vuelvo loca. ¡Perdon! (*Arrodillándose.*)

MARQ. Infeliz, levanta y llora.

DIAN. No. Debo quedar así.

¿Me perdonais, padre?

MARQ. Sí.

(*Levantándola en sus brazos.*)

ESCENA VI.

DIANA, el MARQUES y VELAZQUEZ.

VELAZQ. Se cumplió la media hora.

DIAN. ¿A dónde vais? Responded.
¿Callais los dos?

MARQ. Al suplicio.

DIAN. ¡Imposible! Pierdo el juicio.
Concededme una merced. (*A Velazquez.*)

VELAZQ. Pedid, señora; y si puedo...

DIAN. Si podeis. Media hora mas

deteneos aquí : quizás
algo logre.

VELAZQ. Os la concedo.

DIAN. Gracias. ¿Qué suena?
(*Se oye el lejano tronar del cañon.*)

VELAZQ. El cañon.

DIAN. ¿Leiva estará?...
En la batalla.

VELAZQ. Lo hallaré ; aunque la metralla
me traspase el corazon.

ESCENA VII.

El MARQUÉS y VELAZQUEZ.

VELAZQ. Pobre señora, quisiera
(*El Marqués se sienta pensativo.*)

aliviar su pesadumbre,
y en lo mas hondo del alma

resuena su llanto lúgubre.

Quiera Dios que el general
sus tristes ayes escuche,

y de sus hermosos ojos
el copioso llanto enjугue.

Animo, marqués; que diablos.
(*Llegándose al marqués.*)

Es el destino voluble,
y al que descendió al abismo

remonta luego á las nubes.
Treinta minutos de vida

tenemos, y aunque discurre
el tiempo, en treinta minutos,

como el cielo nos ayude,
desde el abismo del mal

subiremos á la cumbre
del bien.

MARQ. Capitan Velazquez,
vuestra voz aliento infunde;

y, por la buena intencion,
Dios os proteja y escude.

Quereis darme la esperanza,

mas reina la incertidumbre
en mi cabeza, y á un tiempo
me reanima y me consume.

VELAZQ. El llanto de una muger,
su acento doliente y dulce,
capaces son de ablandar
á una piedra, y aunque juzguen
al general inflexible,
tambien en su pecho bulle
un corazon.

MARQ. Respondedme.
¿Ese capitán ilustre
que nos manda, y á la vez
respeto y temor difunde,
fué en Rioja?...

VELAZQ. Labrador.

MARQ. No digais mas; será inútil
el ruego.

VELAZQ. ¿Por qué? ¿Pensais
que no pueden las virtudes
morar en el corazon
de un labrador? ¿Que da el lustre
de la cuna pensamientos
mas nobles? Quien tal presume
se engaña. Yo soy hidalgo:
no haya miedo que renuncie
á mi blason; pero sé
que el sol reparte sus luces
al noble como al villano;
y que la divina lumbre,
luz del alma, Dios á todos
igualmente distribuye.

MARQ. No su origen; una historia
me hace que tema y que dude.
Tiene agravios que vengar.

VELAZQ. Y que perdonar.

ESCENA VIII.

El MARQUES, VELAZQUEZ y CORREA empolvado.

- COR. Bien cruge
el cañon... ¡Voto al demonio!
y yo bajo esta techumbre
encerrado...
- VELAZQ. ¿Y la batalla? (A Correa.)
- COR. Que sé yo. Los arcabuces
lanzan rayos; los aceros
hieren; los cañones rugen;
se rompen las armaduras;
la sangre corre; se cubre
el suelo de moribundos:
y entre el aparato fúnebre
de la muerte, los caballos
relinchan, en actitudes
las mas gallardas; redoblan
los tambores, se confunden
los escuadrones, resuenan
los clarines y relucen
las corazas. ¡Es el cuadro
mas hermoso! Dios no apure
mi paciencia.
- VELAZQ. ¿Por qué?
- COR. Antes
os diré, que fué un embuste
la noticia de que el campo
imperial se aleja y huye.
- VELAZQ. ¿Ataca el marqués?
- COR. Ataca;
y toda esa muchedumbre
francesa probará hoy
del buen marqués el empuje.
- VELAZQ. ¿De que nace tu impaciencia?
- COR. De que el general me embute
en la ciudad, sin dejarme
que el sabroso placer guste
de dar y recibir golpes.

Minuto y medio corrió desde que estamos aquí. Que no ande mas Parad, sí!.. Parad, parad el reló.

No es posible que resista yo ese curso tan violento. Corre mas que el pensamiento; y mucho mas que mi vista.

Afila su acero impio (*Acercándose al Marqués.*) el verdugo. ¿y no hay remedio? Paradlo. Minuto y medio

(Volviendo al reloj.)
(mas ha corrido. ¡Dios mio!

Ya de su víctima en pos va con la espada homicida.... ¡Ay! dos minutos de vida (*Acercándose al Marqués y ocultando el rostro en su seno.*)

nos quedan, padre mio, dos.

VELAZQ. Pobre señora. (*Conmovido á Correa.*)

COR.

El demonio

(*Llorando á Velazquez.*)

me trajo aqui ¡voto á san!

En mal hora, capitan,

hice yo caso de Antonio.

Hay placer en las cuchillas blandir; mas no lo hay en ver como llora una muger temblorosa y de rodillas.

Me voy de aquí ¿Quién me mete á presenciar tales duelos?

(*Dá el relój las siete.*)

Sino he de darla consuelos, por que he de sufrir. (*Quiere irse.*)

DIAN.

¡Las siete!

(*Al grito de Diana se detiene Correa, el Marqués se levanta y se dirige á Velazquez.*)

MARQ.

Vamos.

VELAZQ.

Vamos.

DIAN.

Compasion

tened, y os dará su gloria Dios.

ESCENA X.

El MARQUES, VELAZQUEZ, CORREA, DIANA y LEIVA con la armadura abollada y sangrienta, y en la diestra la vieja bandera que dió á CORREA.

- LEIVA. Dios nos dió la victoria
y el Rey os dá su perdon.
(*Da la bandera á Correa.*)
- DIAN. Gracias.
- MARQ. ¡ Ah! (*Echándose á los pies de Leiva.*)
- COR. Bien hecho.
- LEIVA. Al Rey (*Alzando al marqués.*)
las gracias. El la corona
lleva; y él solo perdona
cuando castiga su ley.
- MARQ. ¿Cómo os mostraré, señor,
mi admiracion y respeto?
- LEIVA. Enseñando á vuestro nieto
lealtad al emperador.
Libre quedais. Marchad pues.
Todo acabó. Prisionero
está Francisco Primero,
y en gran derrota el francés.
- COR. Por fin humilló la frente
el altivo Rey de Francia,
cuya indómita arrogancia...
- LEIVA. Respetadlo: es un valiente.
Y debe saber el mundo
que fué tan buen caballero,
si en la desgracia el primero,
en el valor sin segundo.
Velazquez, de la ciudad
acabaron los cuidados;
á todos los sentenciados
los pondreis en libertad.
- DIAN. Siempre grande y generoso.
- LEIVA. Salid con el capitan,
y mas pronto vuestro afan
calmarán hijo y esposo.
- MARQ. Señor, os habeis vengado
de una manera que alcanza
al corazon la venganza.

- LEIVA. Asi se venga un soldado.
MARQ. Yo os ofendí...
LEIVA. Entre los dos
ni hay beneficio ni ofensa.
MARQ. Y la vida en recompensa
me dais de un ultraje.
LEIVA. Adios.
(*El Marqués y Velazquez se adelantan hácia la
puerta.*)
DIAN. Adios, Antonio. (*Llegándose á Leiva.*)
LEIVA. Marchad
con vuestro padre.
DIAN. Marchemos.
LEIVA. Ya nunca mas nos veremos.
DIAN. Señor, en la eternidad.

ESCENA XI.

CORREA y LEIVA, abatido.

- COR. ¿Qué tienes?
LEIVA. Nada.
COR. La suerte
su dardo postrero lanza.
LEIVA. Lidiando sin esperanza,
iré ganando la muerte.
COR. Y conquistando mas gloria
con tu diestra armi-potente.
LEIVA. ¿Para qué quiere mi frente
el laurel de la victoria?
Un *Adios* aquí retumba...
Eterno.
COR. Sí. (*Pausa.*)
LEIVA. Esa bandera (*Reanimándose.*)
guarda, Hernando; y cuando muera
clávala sobre mi tumba.

FIN DEL DRAMA.

